Tom. II. Num. 43. —137— 4 de Febrero de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

HUEVOS Y CHOCOLATE.

CONTESTACION
al hermano Fr. Gerundio.

Digna es de todo un reverendo la brillante defensa que del chocolate acaba de hacer Vuestra Paternidad, hermano Fr. Gerundio, y cierto es por lo que en ella veo, que el talento, la instruccion y travesura de ingenio de un buen abogado, en mala causa es donde mas lucen; porque cualquier zascandil que por la justicia abogue, con la razon suple la falta de elocuencia. Confieso, padre, que me han dejado absorto los fascinadores argumentos que ha sabido alegar en pro de esa pocion mejicana, mas perjudicial al género humano, que el celebrado néctar de Chipre, instrumento de las venganzas de Lucrecia Borgia.

El esclarecido ingenio y erudicion que por todas partes destella la apología del chocolate inserta en La Risa núm. 42, capaces son de arredrar al *Convidado de piedra*, cuanto mas á este mísero pecador, que en hora menguada hubo de entrometerse á medir sus débiles fuerzas con las de un atleta temible y de inmensa y reconocida superioridad; pero por otro lado me alienta la razon.... la justicia de mi causa me llena de entusiasmo; y cuando veo que se prefiere el chocolate al objeto mas *cacareado* del mundo, seria vergonzosa mi apatía, seria mi silencio criminal. Voy, pues, á tomar la defensa de los huevos, con el calor y la esperanza del triunfo que la justicia inspira; pero no crea, hermano, que limitarme debo al huevo frito con tomate, que si bien es manjar delicioso, mil veces al chocolate preferible, justo es que me estienda y esplique todo el *busílis* de los huevos, porque los huevos tienen mucho *busílis*, reverendo padre; y cuando Vuestra Paternidad elogia hasta la posicion del que sorbe chocolate para realzar á este; justo es y muy justo que saque yo á colacion todos los atractivos, todos los méritos del huevo, que por cierto son tantos, hermano Fr. Gerundio, y de tan esclarecido linage, que si bien la democrática prosa basta y sobra para hacer del chocolate una brillante defensa, la sublimidad de los huevos no puede justamente celebrarse sin hacer uso del lenguage con que dirije el poeta sus himnos á los dioses. *Nun, wohlan! was muss, geschehe!* como decimos nosotros los tudescos, que equivale á decir en castellano, pelillos á la mar, y lo que haya de ser que sea pronto.

LOS HUEVOS.

Canto épico.

Canten otros de Roma el Capitolio,
ó el amor de románticos mancebos.
Canten las glorias y esplendor del solio
de reyes godos, de monarcas suevos.
Yo cantaré, y en páginas de á folio,
el sublime atractivo de los huevos;
y oscureciendo al *trovador de Ofanto*,
de asombro al mundo inundará mi canto.

Vamos por todo, ¡oh Fr. Gerundio! á Roma,
toda vez que el palenque nos espera.
Sépase quien á su contrario doma
y enarbola del triunfo la bandera.
Sé que jamás la cándida paloma
venció en la lid al águila altanera;
mas al lado del docto Don Abundio
no cedo yo el laurel á Fr. Gerundio.

¡Oh mal-aconsejado ilustre vate!
¿quién te indujo al enorme desatino
de cantar á ese imbécil chocolate
que agua requiere... que rechaza el vino?
Por no cometer yo tal disparate
peino barbas de padre capuchino,
pues con el vino solo me deleito
y por no gastar agua no me afeito.

El agua es elemento de las ranas,
el agua engendra podredumbre y barros,
hidropesía, palidéz, tercianas,

hinchazon, pulmonías y catarros.
Mas con un par de botas jerezanas,
triunfa el mundo, se alegran los cotarros,
y tras los HUEVOS de placer me llena
el Málaga, el Jerez, el Cariñena.

No se nutre el arriero catalán,
como un HUEVO tras otro no le den.
Con un par de ellos se nos *jama* un pan
y aniquila el porron de un santiamen.

Quien HUEVOS fríe entiende el GRAN REFRAN,
pues TIENE POR EL MANGO LA SARTEN....
cosa que á un tagarote farfallon
puede hacerle ministro de rondon.

Antes daria el amoroso beso
á una bruja infernal de genio adusto,
que ensalzar cual si fuera mi embeleso
al chocolate cálido y vetusto.
Frio, caliente, crudo, claro, espeso,
siempre insípido fué su acerbo gusto.
Bien dijo cierta musa dramaturga
que el chocolate vil es una purga.

Aténgome á los HUEVOS ¡oh españoles!
dignos por su candor de privilegio.
Duros, revueltos, fritos, huevos moles,
siempre han sido manjar sabroso y regio.
Mas.... vive Dios que tiene tres bemoles
decir que el chocolate... ¡oh sacrilegio!
es mejor que los huevos delicados
imágen de los cielos *estrellados*.

Si *per tropo variar natura é bella*,
¿quién niega la belleza á las tortillas?
Sin azúcar, sin clavos, sin canela
rinden al paladar mil maravillas:
¡cuán deliciosa con guisantes cuela!..
Qué rica es, vive Dios, con criadillas!...
Pero aquel que las prueba con tomate
reniega sin cesar del chocolate.

Argumentos alega mi adversario
que valen poco menos de tres bledos.
Trata á los HUEVOS de ácido ordinario
porque hay quien se los come con los dedos.
A este modo de argüir estrafalario,
¿qué dijeran los Tirsos y Quevedos?
pues por ventura ¡oh reverendo vate!
comeis con tenedor el chocolate?

Os habeis empeñado en su defensa
sin reparar que en ello hay mil escollos:
es de los HUEVOS la ventaja inmensa:
jamás del chocolate nacen pollos....
Si en mejorarse algunas veces piensa,
busca el auxilio de los ricos bollos,
que si son ricos, á decir me atrevo,
lo deben al sabor del rico HUEVO.

De mis casillas sin piedad me sacas,
maldita aparicion del otro mundo!
Hijo de Guayaquil y de Caracas,
húndete del Averno en lo profundo!
No quiero oir elogios ni alharacas
en pro del ente estéril é infecundo,
que al ostentar sus humos en los bailes,
muere sin sucesion.... como los frailes.

Dígame ¡oh padre! como buen católico,
la verdad una vez sin ser satírico:
engullido el ungüento diabólico,
¿qué nos deja en su propio panegírico?
Nada, si no es algun horrible cólico
que robe á nuestra musa el afan lírico.
El chocolate engendra humor herpético,
y hasta el que le fabrica se vuelve ético.

Ni un lunar veo que amancille leve
del huevo hermoso la elegancia pura;
y es á despecho de la blanca nieve
imágen del candor y la hermosura.
Cual la bella vestal, jamás se mueve
de su honesta prision... de su clausura,
y en caja de marfil guarda el decoro
clara argentina con la yema de oro.

El vagaroso alegre ruiseñor
que de Flora en el mágico pensil
saluda de la aurora el bello albor

mil trinos modulando y otros mil,
no diera este espectáculo de amor
entre galanas flores del abril,
si no reconociera que al nacer
el benéfico HUEVO le dió el ser.

El águila que osada, altiva, sube
con magestad y mesurado vuelo,
y á semejanza del feliz Querube
ufana y orgullosa toca al cielo
y allá se pierde en la elevada nube....
cual reina de las aves en el suelo
corona ciñe, y se complace en ella,
y al HUEVO debe su existencia bella.

Ese que cual sultan en el serrallo
de bellas concubinas se rodea
y en escenas de amor que envidio y callo,
el triunfo de los HUEVOS cacarea....
El orgulloso y vigilante gallo
que muere ó triunfa altivo en la pelea....
hijo es del HUEVO este héroe de la liza,
y al HUEVO dá virtud y fecundiza.

La tierna codorniz y el rico tordo
que con sabroso arroz á todos placen,
y la gallina que hace el caldo gordo,
y el pavo régio.... de los HUEVOS nacen.
No hay que venirse, hermano, haciendo el sordo
á razones que todas satisfacen....
razones justas, con las cuales pruebo
cuanto aventaja al chocolate el HUEVO.

Vuelve la vista al lago de Anfitrite
¡oh Fr. Gerundio! y gozarás mil veces
del pescador la escena, que no admite
parangon con el fraile que me ofreces.
Allí verás (si el tiempo lo permite)
hacer evoluciones cien mil peces,
que si peces tenemos en el mundo
dióles el HUEVO á luz siempre fecundo.

¡Oh prodigiosos de facundia efectos!
(Venga una cruz por verso tan sonoro,
si quieren ser nuestros ministros rectos;
pues la transposicion vale un tesoro.)
Peces, reptiles, pájaros é insectos,
en la patria del Cid y en la del moro,
aunque el cacao vil gruña entre dientes,
son de los HUEVOS dignos descendientes.

Desiste ¡oh padre! de tu raro tema,
que si en la raza de los dulces entro,
pronto hallaré que la preciosa yema,
de los mas delicados forma el centro.
Natilla, mazapan, bizcocho, crema,
en todo lo mejor al HUEVO encuentro.
¡Vive Dios que tuviera pelendengues
hacer asco al dulzor de los merengues!

No hay nacion que si es culta no deseche
del chocolate la feroz rudeza.
Sorbe la Gran Bretaña el té con leche:
sorbe *champañ* la Francia en su grandeza:
la Italia el macarron y el escabeche
y la Alemania sorbe la cerbeza,
pues solo al dar al chocolate un sorbo
temieran contraer cólera-morbo.

¿Por qué en España ardió guerra civil
y corrieron las turbas de tropel,
é incendiaron conventos mil y mil,
y á impulsos consumaron de Luzbel
el zafarrancho atroz sacerdotil
sin dejar fraile con cabeza en él?
Solo porque en su gula monacal
llenaba el chocolate su atabal. (1)

¿A dónde, borrajeando cartapacios,
lleva el error vuestra sublime pluma?
Si es verdad que entre perlas y topacios
del chocolate la soberbia espuma
se sorbe en los magníficos palacios....
Si él fué el régio manjar de Motezuma,
no olvideis que en alcázares reales
es do suelen medrar los criminales.

El palaciego que en deseos arde
de usurpar el dosel del régio trono,
tan traidor como vil, siempre cobarde,
oculta al rey su criminal encono.
De sumisa lealtad finjiendo alarde,
el instrumento atroz busca en su abono,
que al rey de un golpe sin recelos mate,
y es mejor que el puñal.... el chocolate.

Mas yo que de los reyes soy amigo (2),
quiero salvarles de cualquier apuro:
á todos ellos con respeto digo
que el que quiera en el trono estar seguro
y no ser infeliz cual Don Rodrigo,
coma á todo comer el HUEVO DURO,
pues ademas de ser manjar muy bueno,
nadie introduce en él mortal veneno.

(1) No creo sea desatino calificar de atabal la panza de un reverendo.

(2) No hay que reirse.

Aunque agradezco ¡ oh padre! el agasajo
que bondadoso y liberal me ofrece,
de Tirabeque temo el desparpajo
y.... una idea espantosa me estremece.
Leí, no sé en qué crónica ó librajo
que hablaba de la guerra de años trece (1)
que un lego fué, con chocolate inmundo,
quien hechizó á Don Cárlos el Segundo.

Y si á mí Tirabeque me hechizára
sin tener los hechizos de una Filis,
sobre él y Fr. Gerundio descargára
mi *musa de piston* toda su bilis.
Renuévese el abrazo de Vergara,
pues DE LOS HUEVOS YA ENTONÉ EL BUSÍLIS,
que aunque atroz enemigo del cacao,
no lo es de Fray Gerundio, WENCESLAO

AYGUALS DE IZCO.

LOS PANTALONES.

En tiempo de la guerra de la Independencia, de esa guerra que yo quisiera no hubiera existido, no tanto por el sentimiento de la sangre que se derramó como por los malos ratos que todavía me hace pasar cada vez que tengo la desgracia, la desventura, la pérfida suerte de escuchar á los viejos las hazañas que ya me contaron otros viejos y que otros viejos me harán tragar por la milésima vez: en tiempo de esa malhadada campaña, orígen de otras muchas calamidades, habia en Santander un obispo como de setenta años de edad. Setenta que el obispo tenia entonces, y treinta que hace que se fueron los franceses, son cien años. No es posible que viva hoy S. I., por consiguiente podremos censurar sus ridiculeces, sin temor de que se nos rechace la personalidad. Tengo yo un furor por las personalidades, que cuando no puedo con los vivos, la tomo con los muertos; y luego que haya pasado lista á todos los muertos y á todos los vivos, la tomaré conmigo, y me pondré en caricatura, y me haré cada epigrama que cante el credo, que á decir verdad ningun ente humano, así en lo físico, como en lo moral, se presta á la sátira tanto como el que estos renglones escribe.

Dios tenga en paz al obispo, y perdone sus estravagancias y flaquezas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores ahora y en la hora de nuestra muerte, amen Jesus. Tenia el buen señor una antipatía á toda innovacion; estaba tan aferrado á las preocupaciones del siglo XVIII como todos los viejos, y no digo mas. Todo lo que fuera introducir novedades así en la forma de gobierno como en las costumbres rancias de cuando S. I. mamaba, llevaba en su concepto el sello del ateismo; las palabras francesas castellanizadas por el roce continuo de los traspirenáicos, eran palabras judías; la moda de cortarse el pelo era invencion del diablo, porque Jesucristo siempre gastó el pelo largo, como si el pelo tuviera algo que ver con el respeto que á cada creyente inspira el Dios que le hicieron conocer. Si el respeto á Dios debiera de medirse por la rijida imitacion, ningunos hijos mas rebeldes al Supremo Ser que los cristianos. Jesucristo no se afeitó jamás, y nosotros sí; en cambio de esto los musulmanes no se afeitan, y esto quiere decir que los musulmanes siguen mejor que nosotros el ejemplo de Jesucristo. Ademas, es constante que Dios amó la pobreza, y la pobreza ha llegado entre nosotros á ser un delito infamatorio. Al que es pobre no le hacen justicia los tribunales, ni le saludan los amigos, ni le quieren las mugeres, y cate Vd. una preocupacion mas satánica que las innovaciones que tanto aflijian al religioso corazon del obispo de Santander.

En toda regla hay escepcion. La crítica de las caras rapadas en los católicos no habla con el señor Ayguals de Izco.

Pero lo que mas irritó el ánimo del bilioso obispo de Santander fué una moda que aun no conocia mas que por el nombre; la saludable moda de los pantalones trasplantada á España por los galos para bien y felicidad de las canillas y de las piernas contrahechas. Habia oido hablar el obispo de los pantalones y estaba en la preocupacion de que todos los que los gastaban eran forzosamente fracmasones. Acostumbrados al calzon corto de trampa ancha, no podian avenirse con una moda que con el trascurso del tiempo habia de sustituir á la trampa una abertura escesivamente lujuriosa; pero sobre todo el proscribir las trampas era cosa que no entraba en el cálculo clerical, y respecto de este particular la oposicion á la moda carecia absolutamente de fundamento, porque desde que desaparecieron las trampas estamos mas entrampados.

Debió agregarse á las razones que S. I. el señor obispo de Santander tuviera para no admitir en España la masónica moda de los pantalones, una mas poderosa que la de su origen inmoral y ateista. El anciano tenia una huéspeda que unos llamaban *ama*, otros *sobrina*, y hubo quien se atrevió á sospechar si sería sobrina carnal de un hermano que tenia el señor obispo. Lo cierto es que S. I. la tenia tanto cariño como á la Santa Madre Iglesia, con la diferencia de que á la ninfa la daba cuanto

(1) La guerra de sucesion.

queria, y en la Iglesia no hacia mas que ofrecer. La muchacha, que era muy bella y muy sensible, tuvo ocasion de ver en el paseo un jóven agraciado con un esquisito trage al estilo de Madrid, que aunque fuera de peor gusto que lo que se estilaba en Santander, á ella la chocaba mas, sin mas que por ser de Madrid. En esto de las modas hay en todos los pueblos una preocupacion que raya en fanatismo. Los de las aldeas siguen servilmente la moda de las villas, estas la de las ciudades, las ciudades imitan á los madrileños, y nosotros somos una ridícula parodia de los elegantes de París. El dia que en París se estile un cuerno en la frente, los madrileños llevarán un cuerno en la frente, y por imitacion le llevarán tambien hasta en las aldeas mas remotas de España. Ahora como no se estila uno solo, hay muchos que llevan dos. Pero dejemos digresiones, y vamos al grano.

Pues señor, la muchacha se enamoró del mozalvete, y tanto como de él se enamoró de los pantalones, que nunca mas se borraron de su imaginacion. Ni una sola noche dejó de soñar con los pantalones, y esto es tan natural en las mugeres como en nosotros soñar con las sayas. Lo cierto es que la pupila del obispo decia de los pantalones lo que nuestro poeta Campoamor dice hablando de la imágen de su dama real ó fantástica, que en eso no me meto:

Yo no sé donde está.... pero la veo.

El obispo que vió á la jóven tan frenética por la maldita moda que ya hacia cosquillas en su corazon supersticioso, trinaba sin ser canario contra el autor de los tales pantalones, y traslució en ellos un poder mágico, pero infernal como el de la sortija del marqués de Villena; y así creyó oportuno escomulgar á todos los que tuvieran tan poco temor de Dios que entráran en la moda, y si era necesario, levantar un ejército, para su estirpacion, mayor que el que la España llegó á organizar contra las huestes de Bonaparte. Dicho y hecho, trabajó desde entonces incesantemente para llenar tan piadoso objeto, y con mas empeño hojeó libros para componer un sermon contra los pantalones, que para sufrir los exámenes de su carrera eclesiástica cuando era estudiante.

Veinte años hacia que S. I. no esforzaba su elocuencia en defensa de la fé, á pesar de la corrupcion de las costumbres y de lo mucho que iban cundiendo por Europa las perniciosas máximas de Voltaire, Rousseau, Diderot, Volney y otros herejotes de marca mayor; pero en un asunto tan grave, tan trascendental, tan de vida ó muerte para la sociedad, era necesario echar el resto, y el señor obispo subió al púlpito poseido de aquel heroismo y de aquel entusiasmo vivificador y omnipotente que inspira en el corazon religioso la idea de salvarse y salvar á sus semejantes del naufragio infernal. El concurso era numerosísimo, los ojos de los oyentes estaban arrasados en lágrimas antes de empezar el sermon, el que menos habia llevado dos pañuelos para enjugar su amargo llanto, y esta simpatía universal unida al fanatismo religioso del obispo, elevaron su alma en tales términos, que al escucharle hubieran los franceses olvidado á Mirabeau, los romanos á Ciceron, y los griegos hubieran tenido á Demóstenes por un niño de teta. «Los pantalones, decia el obispo, son invencion de Satanás, son la insignia de los demonios que han abandonado el infierno y esparramados por el mundo, intentan estender su maléfico imperio, trastornando el cerebro de los hijos de Jesucristo. Pero el ángel de la Guarda me ha revelado esta noche los altos juicios del Todopoderoso, y no tardarán los infieles en llorar su desacierto; la tierra les escupirá; el cielo les cerrará sus puertas, porque San Pedro ha jurado romperles la cabeza de un llavazo, y cuando vuelvan á la infernal mansion, serán sumergidos en las llamas eternas, donde se consumirá su sangre, se derretirán sus huesos, y se pulverizará hasta la memoria de lo que fueron.» A todo esto soltaban las gentes unos lagrimones como si lo sintieran, y decian entre sí: Qué asombro! Qué hombres tan grandes echa Dios á este mundo! Bendito sea el pico de oro del señor obispo de Santander!

Hizo en seguida S. I. una descripcion de los fracmasones, y á poco no se arma en la iglesia la de Dios es Cristo. «Esos abortos de Lucifer, decia el señor obispo, tienen que desaparecer de entre nosotros, si no hemos de ser víctimas de su infernal contagio. Quereis conocerlos? Pues escuchadme. Tienen el pelo corto, los ojos saltones, la nariz larga.....» Y los que se veian retratados en la descripcion, se acurrucaban lo posible para no ser vistos, y se tapaban las narices como quien anda por las calles de Madrid á las doce de la noche. «Hay mas, prosiguió S. I., llevan anteojos!!!» Y los cortos de vista se apresuraron á esconder las gafas, porque la cosa se iba poniendo séria y los fieles se preparaban á romper la crisma al primer narigudo que tuviera el pelo corto y gastara anteojos. Por fin se acabó el sermon, el señor obispo bajó en triunfo del púlpito, y todo el santo dia estuvo recibiendo parabienes de sus admiradores oyentes. Por la noche se fué á una tertulia donde se repitieron iguales demostraciones, y ¿cuál no seria el apuro de un jóven que se hallaba en la sala con pantalones, con esa moda tan anatematizada por el señor obispo, y que iba escitando el popular encono? El desventurado jóven pasó por detrás de todos, con el

fin de que el obispo no le viera; pero no tuvo esa suerte, porque S. I., estrañando la vestimenta, le llamó, no crean Vds. que para reprenderle, sino para rogarle encarecidamente que le dijera quien le habia hecho aquellos calzones largos tan lindos, que inmediatamente se queria hacer unos iguales. El mozo estaba atónito y no se atrevia á decirle que aquellos no se llamaban *calzones* sino *pantalones*, porque temia la cólera del obispo; pero este buen señor no por eso cedió de su empeño; llamó al sastre y le hizo cortar por los que tenia delante unos que él llamaba *calzones largos*.

La preocupacion del obispo parecerá increible, pero no lo es. Así en la política como en otras cosas tenemos en España muchos obispos de Santander, que rechazan con calor solo por el nombre, cosas que tal vez adorarian si llegaran á esperimentarlas. ¿Quién querrá creer que al dia siguiente del sermon que he referido, se paseaba el señor obispo con pantalones por las calles de Santander?

Y eso que el que llevó la moda masónico-herética de los pantalones, se casó con el *ama* del señor obispo, que era el ojito derecho de S. I.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

El clérigo gastrónomo.

Con un sombrero de teja,
y mejor dicho de grasa,
que de años veinte se pasa
la fecha de su esplendor,
vá *Don Tísico Hambre-Vieja*
no por eso menos viva,
tragando seca saliva
de una sarten al olor.

Luce unas tristes abarcas
de zapatos con diploma,
hecha su cara una *coma*,
un par de callos por pies;
y no envidia á los monarcas
corona de oro que pesa,
sino la *opípara mesa....*
engullidor como tres!

Dando tormento á la vista,
y el pescuezo en atalaya,
que la cigüeña bien haya
de mas angosto canal;
con una nuez progresista,
saltona, protuberante,
que amenaza cada instante
la emancipacion social.

Linces atisban sus ojos
tras de importuna vidriera,
manjares que al rey que fuera
le harian sobrado honor:
y no hay puertas, ni cerrojos
que enfrenen ya su gazuza,
y se cuela Don Lechuza
sin un cuarto al interior.

En silencio el mas profundo
cual de cartujos profesos,
que interrumpe de los huesos
alternado el rechinar:
ánima del otro mundo
vé *Don Tísico* á su entrada,
porcion de gente ocupada
en engullir sin chistar.

Admiradas suspendieron
las mandíbulas de todos
sus gastronómicos modos
de devorar sin cuartel:
se miraron, se entendieron
con recíproca ironía,
que de veras sorprendia
la estampa de mi doncel.

Leíasele en la cara,
cuarto menguante de luna,
de su pícara fortuna
el incansable revés:
cual si un rótulo llevara

con esta divisa sola:
¡cuadro del hambre española
por los años del francés!

De retazos de la saya
de una hermana Genoveva,
el par de medias que lleva
salieron á relucir;
y el manteo, que Dios haya,
solo estira por memoria,
dos pingajos cuya historia
larga fuera de escribir.

Se supone que habrá sido,
por tradicion muy lejana,
su imperceptible sotana
de bayeta regular:
si bien yo nunca he podido
aclararlo en nuestros dias,
aunque sobren celosías
por donde el ojo asomar.

Con gentil desenvoltura
y con general sorpresa,
apoyando en una mesa
de sus huesos la estension:
pidió la rara figura
medio pavo, seis chuletas,
tres raciones de croquetas,
un besugo y un capon.

Como cuántos panecillos?
dijo un mozo nada tonto:
tres libretas, por de pronto,
el dómine replicó.
—Y de vino?—Seis cuartillos.
—Y de postres?—Desde luego,
tráiganme un queso manchego
y haré boca...! y murmuró:

Ha cinco dias
me trasparento,
vivo del viento
cual camaleon:
á tanto ayuno
no hay fibra fuerte,
¡comida ó muerte!
sin remision.

Quiero atracarme,
sentirme obeso,
siquiera preso
llévenme al fin:
Por insolvente
daránme suelta,
con ida y vuelta
pago el festin.

Si la canalla
de los sirvientes,
osan calientes
leña ofrecer,
yo que en la ropa
nadando habito,
con un saltito....
busca al de ayer.

¡Ay qué alegría!
¡ay qué recreo!
harta no veo
mi hambre feroz:
Así decia
con gran contento,
el ultra-hambriento,
á media voz.

Y hasta la fonda
se comeria,
segun venia
de emprendedor:
mas por desgracia
su triste aspecto,
surtió un efecto
contrariador.

Vino el fondista
y con mal físico
dijo á Don *Tísico*,
que retembló:
«Señor gazuza,
el casca-nueces,
que ya dos veces
me la pegó:

Tome el portante
sin mas tormenta,
ó no lo cuenta
por vida de...!
Y el desdichado
dando gemidos,
entre silvidos
huyendo fué...!

VICENTE ALVAREZ MIRANDA.

EPIGRAMA.

Dice Irene que cumplió
veinte años de mayo acá,
y lo menos hace ya
veinte que se lo oigo yo.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

AMBIGÚ.

Chuletas con salsa de tomate.

Se las asa en parrillas y se arreglan en una fuente en corona con un coscorron frito en cada intérvalo, añadiendo una salsa fina de tomate.

Lonjas de carnero.

Se añade al caldo la grasa de la pierna con zanahorias, yerbas finas picadas, un vaso de vino blanco, sal, pimienta y manteca: y hecha la salsa, se echan los restos de la pierna en trozos que solamente se calientan sin hervirlos para servirlos despues con unas gotas de vinagre y pepinillos.

Espaldilla de carnero.

Se la rompe el hueso por encima con un machete, y se cuece en una fuente preparada con lonjas de tocino: se añade lo que haya de desperdicios de carne, zanahorias, cebollas y un ramillete, echándole encima caldo, y se las sirve con su cocimiento reducido ó sobre achicorias ú otras legumbres con la especie de sustancias que se quiera.

Espaldilla de carnero en salchichon.

Deshuesada la espaldilla, se la cubre con el relleno que se quiera, y aun con carne de salchichas, añadiendo setas y pepinillos picados, se la arrolla sobre sí misma, y se cose en un lienzo delgado, poniéndola en una olla con caldo, zanahorias, cebollas, un ramillete, sal y pimienta. Cuando está cocida, se saca, se pasa el cocimiento por un cedazo, se desengrasa y se reduce, añadiendo un poco de sustancia.

Pierna de carnero á la inglesa.

Despues de haberla cosido en un lienzo muy tupido, se la mete en una caldera llena de agua con zanahorias, nabos y sal; y á las dos horas de hervor se saca del lienzo en que está, y se adereza con legumbres al rededor para servirla acompañada con una salsa y manteca desleida.

Pierna de carnero á la flamenca.

Se dobla el cabo como se ha dicho, se cuece en una marmita con caldo, sal, pimienta, una cabeza de ajos y un ramillete, y se sirve con una salsa picante ú otra cualquiera.

Importante.

Al ver que no todos los suscritores de La Risa se han suscrito aun á La Carcajada, enciclopedia de preciosidades antiguas, se nos haría un cargo de conciencia no avisarles amistosamente que sin suscribirse á las dos obras no tendrán completa la coleccion. Se ha dado igual forma á estas dos publicaciones para que vayan hermanadas y no constituyan mas que un solo pensamiento entre las dos, á saber: reunir todo lo mejor que se ha escrito desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias sobre materias jocosas. La Carcajada sale dos veces al mes, y solo cuesta 10 rs. por trimestre á los suscritores de La Risa, y 12 á los demas.

Con la entrega sexta concluye el primer trimestre de La Carcajada. Los señores suscritores que gusten, se servirán renovar la suscricion para no esperimentar retardo en el recibo de las entregas sucesivas. Con una de las del próximo trimestre se repartirá un elegante retrato de Quevedo perfectamente litografiado.

TESORO DE MORAL CRISTIANA. Esta lujosa coleccion de lo mas selecto que se ha escrito en todas las naciones sobre religion, ha merecido los aplausos de toda la prensa periódica, por su mérito literario y por la profusion de primorosos grabados que la embellecen. Se están concluyendo los Santos Evangelios, que formarán el primer tomo. Acompañará á la última entrega una hermosa lámina litografiada. Concluido el primer tomo, seguirá la mejor obra religiosa (que se tiene preparada) de uno de los mas célebres escritores modernos de fama europea. Obra amena é instructiva.

Salen tres entregas al mes á 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias.

GALERIA REGIA. Historia de todos los reyes de España desde el primero de los godos hasta Doña Isabel II con todos sus retratos. Salen tres entregas al mes á 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias cada entrega.

ESPARTERO. Historia de su vida militar y política, y de los grandes sucesos contemporáneos, por don José Segundo Florez, con grabados y litografías. Salen tres entregas al mes al precio, en Madrid, de 8 rs. mensuales, y 20 por trimestre; en las provincias á 10 y 24 rs.

Nota. Toda la prensa periódica ha prodigado grandes elogios á estas obras de lujo que publica la Sociedad literaria.

MADRID.—1844.
Imprenta de la Sociedad Literaria.